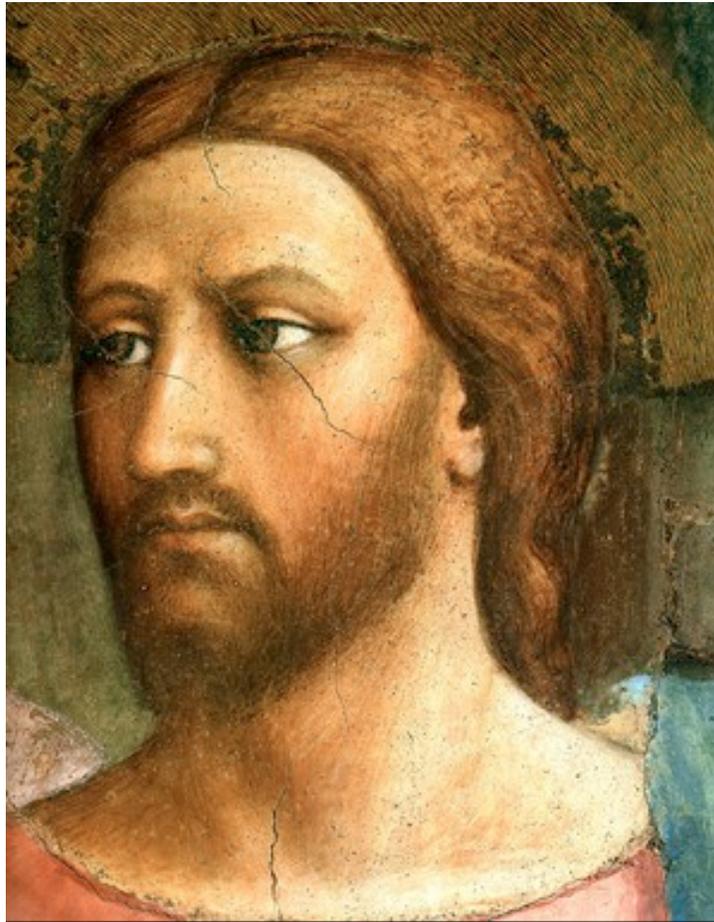


Discipulado de la Palabra Quinta semana de Cuaresma



“Aguardo anhelante al Señor,
espero en su Palabra.
Mi ser aguarda al Señor
más que el centinela la aurora”
(Salmo 130,6)

Quinta semana de Cuaresma LUNES

Jesús, imagen viva del Padre misericordioso
Juan 8,1-11

“Tampoco yo te condeno. Vete y adelante no peques más”

Iniciamos la quinta semana de Cuaresma acompañados todavía por el evangelio del discípulo amado, aunque el episodio de hoy tiene más bien sabor Lucano, el de la “mujer adúltera” (Juan 8,1-11).

En este episodio podemos ver a Jesús como el Señor de la misericordia y del perdón que recrea y transforma nuestra vida.

Después de las fuertes discusiones con los escribas y fariseos, Jesús pasa la noche en oración, pero de madrugada vuelve al Templo y allí se pone a enseñar a toda la gente que acude a Él (8,2).

El texto dice que *“todo el pueblo acudía a Él”*, y Jesús, como verdadero Maestro se sienta y se pone a enseñarles (8,2). Todo parece decirnos que el reconocimiento de la “autoridad” que tiene Jesús ha llegado al punto máximo.

1. Una emboscada para Jesús

Pero los escribas y fariseos que no descansaban en su persecución contra Jesús, aprovechan esta situación para ponerlo a prueba y desacreditarlo ante sus oyentes, y de este modo tener de qué acusarlo (ver 8,6; Lo mismo sucede en Lucas 20,20; Marcos 12,13).

Entonces *“le llevan una mujer sorprendida en adulterio”* (8,3). La Ley de Moisés consideraba el adulterio contrario a la voluntad de Dios. El castigo previsto es la pena de muerte. Lo jurídico parece favorecer las perversas intenciones de los acusadores.

A Jesús se le pide un pronunciamiento: *“¿Tú que dices?”* (8,5). Es claro que *“esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle”* (8,6). Si Jesús se pronuncia en favor de la aplicación estricta de la pena de muerte, perdería su fama de hombre compasivo y misericordioso; además, le vendrían problemas con las autoridades romanas ante las cuales los fariseos habían perdido el derecho de aplicar la pena de muerte. Pero por otra parte si se pronuncia en contra de la aplicación de la pena de muerte, iría contra lo prescrito en la Ley y, luego, ¿con qué autoridad podría presentarse ante el pueblo como Maestro venido de Dios?

2. EL gesto salvador de Jesús

Jesús responde realizando un gesto simbólico que repetirá en dos momentos: *“Inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra”* (6,6; también en 6,8).

No se sabe bien porque Jesús se haya puesto a escribir en la tierra, lo cierto es que en Él no hay agresividad ni fanatismo. Jesús no se precipita a dar opiniones. Más bien invita a una serena reflexión.

Tratando de interpretar el gesto de Jesús, algunos autores hacen referencia a Jeremías 17,13: *“Todos los que te abandonan serán escritos en la tierra porque han olvidado al Señor”*, aduciendo que quizás Jesús quería indicar con este gesto el pecado de los que acusan a la mujer.

3. La Palabra de Jesús hace entrar en el propio corazón

Con el gesto de Jesús sus adversarios se incomodan y siguen insistiendo. Entonces, ***“Jesús se incorpora y les dice: “Aquel que de Ustedes esté sin pecado, que tire la primera piedra”*** (6,7). Y vuelve a inclinarse como para darles tiempo de examinarse a sí mismos.

La respuesta de Jesús, en una situación tan difícil no es solamente aguda sino que *“es un golpe de gracia”*, que obliga a sus adversarios a entrar en sus corazones y reconocer humildemente su propio pecado. De hecho, ninguno se atreve a tirar una piedra. Jesús no los ha condena tampoco a ellos, pero en cierto modo los ha obligado a tomar conciencia de su pecado: ¿Quién puede estar libre de todo pecado? Y haciendo así también a ellos les ofrece su misericordia.

Los acusadores se van retirando uno tras otro: ***“comenzando por los más viejos”*** (8,9). Al final Jesús y la mujer quedan solos, uno frente al otro (8,9). La mujer todavía está “en medio”, aguardando el juicio.

4. La Palabra de Jesús perdona, libera y resucita

Entonces, Jesús ***“incorporándose”***, se dirige a la mujer diciéndole: ***“Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Nadie Señor”*** (8,10).

Las preguntas de Jesús le permiten a esta mujer expresarse y recobrar dignidad de persona, dándole también la oportunidad de constatar por ella misma que el amor manifestado en los gestos y palabras de Jesús la han salvado de la muerte.

Por fin se escucha el pronunciamiento de Jesús: ***“¡Tampoco yo te condeno! Vete, y no peques más”*** (8,11).

Jesús no es acusador. Así como el Padre misericordioso nunca condena al pecador, Jesús, imagen viva de su presencia y de su amor compasivo, no condena sino que levanta a quien está caído.

Finalmente Jesús envía la mujer a una vida nueva: ***“Vete y no peques más”*** (8,11). El amor va de la mano de la justicia: de aquí en adelante la mujer debe rectificar su conducta. Jesús no sólo ha librado a esta mujer de la muerte, sino que también la ha liberado interiormente infundiéndole la capacidad de vivir en adelante según la voluntad de Dios.

Este relato cobra más sentido cuando lo leemos de cara a la Pasión del Señor: desarmados ante los demás, estamos llamados a abrirnos a la misericordia que el Padre derrama sobre cada uno y sin medida en la Pasión y muerte de su Hijo querido.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Cómo descubrimos en el pasaje de la adúltera que la Palabra de Jesús perdona, libera y resucita?
2. ¿Cuándo alguien me hace un comentario negativo de una persona, qué actitud tengo? ¿Condenarla o reconocer el error, si lo hay, y tratar de salvar y ayudar?
3. Recuerdo un momento de mi vida en el cual me haya sentido perdonado/a por Dios. ¿Por qué puedo afirmar que sentí el perdón de Dios? Si el Señor me pide acercarme al sacramento de la reconciliación. ¿Cuándo y cómo lo haré?

*“El Dios de las venganzas
un tiempo los profetas te llamaron,
mas ya mis esperanzas,
desde que hombre te hiciste, mejoraron,
pues Dios de amor te miran en prisiones,
sin carcaj, sin saetas, sin arpones”*
(De la Liturgia de las Horas)

Quinta semana de Cuaresma

MARTES

En la Muerte y Resurrección de Jesús participamos de la plenitud de Dios
Juan 8,21-30

“Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo soy”

Al aproximarse la Semana Santa, somos ungidos cada vez más por la Palabra del Maestro a tomar posición, a optar radicalmente por Él, a comprometernos con Él hasta la muerte para no correr el riesgo de **“morir en nuestro pecado”** (8,21) de indiferencia, mediocridad y falta de compromiso verdadero.

En el Evangelio de hoy Jesús, en que continuamos leyendo la enseñanza de Jesús en el Templo, vemos cómo comienza a hablar de su próxima partida: **“Yo me voy...”** (8,21). Jesús no habla directamente de su muerte sino de su desaparición, como para urgirnos a comprometerse con Él. El tiempo de la convivencia terrena con el Maestro se va a acabar.

1. El rechazo de Jesús lleva a la muerte

Este texto no es propiamente un discurso, ni un diálogo propiamente dicho, más bien es una confrontación de dos partes que están en niveles tan diferentes que parece casi imposible la comprensión. La contraposición **“Yo-Ustedes”**, coloca en evidencia este distanciamiento.

La partida de Jesús tiene graves consecuencias: **“Yo me voy y Ustedes me buscarán y morirán en su pecado”** (8,21).

Comienzan entonces a escucharse diversas interpretaciones en el auditorio. La primera vez que Jesús habló de su partida (ver 7,35) sus adversarios habían pensado que se iba fuera del país; esta vez, piensan que se va a suicidar (8,22a). La razón de esta segunda interpretación es que agregó: **“Adonde yo voy, vosotros no podéis ir”** (8,22b). En ambos casos se trata de una incomprensión radical. Esta incomprensión perdurará hasta que no se reconozca y acepte el origen divino de Jesús.

Pero el origen y el destino de Jesús, está envuelto en el misterio. Un misterio que requiere comprensión y adoración.

2. Origen divino de Jesús

Jesús expresa entonces su origen divino acudiendo a un lenguaje que describe espacios diametralmente opuestos (de abajo, de arriba): **“Ustedes son de abajo, yo soy de arriba. Ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo”** (8,23).

El “arriba” hace referencia al mundo propio de Dios. La actitud de incredulidad ante Jesús excluye a los judíos de este “mundo de arriba”. Por eso, siguen perteneciendo al “mundo de abajo” donde vence la muerte.

Jesús ha venido a transformar esta situación. Su venida al “mundo de abajo” es liberadora. Al mundo de Dios se accede mediante la fe en Jesús: **“Yo les he dicho que morirán en su pecado, porque si no creen que Yo Soy morirán en su pecado”** (8,24).

El término “muerte” aquí suena fuerte. Pero alude a la realidad: morirán en su pecado de incredulidad, por su intención de matarlo, por la dureza de su corazón. Morirán porque no creen en Jesús, en cambio los que creen vivirán: **“Tanto ha amado Dios al mundo que entregó a su Hijo, para que todo el que crea en Él, tenga vida eterna”** (3,16; ver 6,50; 8,51).

La pregunta, que los fariseos le vuelven a plantear a Jesús **“¿Quién eres tú?”** (8,25), ratifica una vez más su incredulidad y su falta de disposición para escucharlo y acogerlo.

3. La Muerte gloriosa de Jesús revela su divinidad

Ante la obstinación de sus adversarios Jesús apela nuevamente al testimonio del Padre, que es veraz (8,26). Pero como sus oyentes, ni siquiera entienden que Él está hablando del Padre, Jesús los remite a su último signo: su muerte gloriosa.

Dice Jesús: **“Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo** (8,28). Jesús está hablando aquí de su glorificación por la muerte en la cruz (ver 12,32).

Este es el punto más alto de la auto revelación de Jesús, que tiene como telón de fondo la revelación de Dios a Moisés como el “Yo Soy” (ver Éxodo 3,14-15). Jesús está desvelando el misterio de su comunión absoluta con Dios: Jesús es uno con el Padre, vive una relación única con El, su existencia es el Padre mismo.

Jesús no hace nada por su cuenta (8,28), depende totalmente de la voluntad del Padre. Pro su parte, el Padre está siempre con Él, nunca lo deja ni lo dejará solo porque hace siempre lo que al Padre le agrada (8,29).

Notemos lo que sucede al final: cuando Jesús terminó de hablar muchas personas creyeron en Él (8,30). Esta es la provocación que Jesús les hace a sus oyentes. Creer es entrar decididamente en su Misterio para participar en Él de la misma plenitud de Dios.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. Jesús nos habla de su origen divino usando dos expresiones ‘abajo’, ‘arriba’. ¿Qué quiere decir con ellas?
2. ¿Siento que el Señor tiene que reprocharme en algo mi falta de fe? ¿Por qué? ¿Qué debo hacer?
3. ¿Mi relación, nuestra relación con Jesús, conduce al Padre? ¿Cómo lo constatamos?

Quinta semana de Cuaresma

MIÉRCOLES

En Jesús alcanzamos la verdadera libertad

Juan 8,31-42

“Si pues el Hijo les da la libertad, serán realmente libres”

Después de la revelación del “**Yo soy**”, que nos ha mostrado la unión íntima de Jesús con el Padre haciéndonos descubrir en Él al Dios liberador (Éxodo 3,15), en este día se nos revela como el “Hijo que nos da la libertad”. En otras palabras, el evangelio de hoy nos a entrar decididamente en la “filiación divina” de Jesús para que podamos ser verdaderamente libres.

Observemos de cerca el texto. Éste está construido a partir de cuatro frases que llamamos condicionales (del tipo: “si tal cosa... entonces tal otra”).

Las dos primeras parten de una afirmación que invita a hacer o a dejar hacer algo; si esta es aceptada la consecuencia es la realización de una promesa.

- **“Si se mantienen fieles a mi Palabra (entonces) serán mis discípulos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres”** (8,31).
- **“Si el Hijo les da la libertad, (entonces) serán realmente libres”** (8,36).

Aquí se conectan estrechamente dos realidades: “*ser discípulos*” y “*ser libres*”.

En las otras dos Jesús urge a los judíos a asumir las consecuencias del ser descendientes del Patriarca Abraham e Hijos de Dios:

- **“Si son hijos de Abraham, hagan las obras de Abraham”** (8,39)
- **“Si Dios fuera su Padre, me amarían a mí”** (8,42)

La conexión entre las dos primeras afirmaciones y las otras está en la palabra “Hijo”. El discípulo vive la libertad del Hijo. Los israelitas viven la filiación de Abraham, pero en última instancia su verdadero Padre es Dios, aquel a quien Abraham siempre se remitió. De aquí se derivan nuevas conexiones y consecuencias.

Ahondemos en algunos aspectos significativos del pasaje.

1. Permanecer en la Palabra para ser discípulos

Para ser discípulo de Jesús no basta solamente seguirlo (8,12) o fiarse de Él (8,31), es necesario **“Permanecer en su Palabra”** (8,31), es decir, dejarse habitar por ella, acogerla, asimilarla, vivir de ella, reconociendo que por medio de ella asimilamos al “Verbo”: Dios con y en nosotros.

En este discipulado podemos llegar al conocimiento de la “*Verdad*” (8,32), es decir de la íntima naturaleza y de la fidelidad del Padre y del Hijo. El Hijo, quien vive en una relación íntima con el Padre, es la “Verdad” personificada (ver 1,14; 14,6).

2. El pecado nos hace esclavos

Los judíos se rebelan ante la propuesta de libertad que Jesús les hace porque siendo los hijos de Abraham, se consideran ya, de por sí, un pueblo libre. Dios mismo los ha liberado de la esclavitud para que le sirvieran en libertad, por eso, aunque estén bajo la dominación romana, sostienen que no son esclavos de nadie.

Pero Jesús está hablando de la una libertad más profunda: “*Todo el que comete pecado es un esclavo*” (8,34). Quien se hace esclavo del pecado ya no es hijo, no goza de la libertad propia del Hijo.

El hijo es el que está en relación íntima con Dios y por tanto permanece en la familia divina. El esclavo no se queda en casa para siempre (8,35) porque el pecado lo aleja del amor y de la familia del Padre (como bien lo ilustra Lucas en la parábola del Padre misericordioso: Lucas 15,11-16).

El pecado de que Jesús está hablando aquí es el rechazo a su Palabra. Rechazar a Jesús es rechazar la luz (3,19), rechazar el amor de Dios revelado en Jesús.

3. Ser realmente hijos libres

Es en el Hijo en quien llegamos a ser realmente libres (ver 8,36).

La libertad para Jesús se vive al interior de una relación viva con Dios, como fruto de la verdad plenamente acogida, y está íntimamente relacionada con la filiación: “*Si el Hijo les da la libertad, serán verdaderamente libres*” (8,36).

La Palabra de Dios a lo largo de toda esta Cuaresma sigue progresivamente nuestro proceso de liberación interior, verdadero camino pascual, atrayéndonos cada vez con mayor fuerza para vivir como hijos de Dios, dejándonos configurar con los sentimientos y actitudes de Jesús, el Hijo enviado del Padre.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Por qué el hecho de ser discípulos de Jesús nos da libertad?
2. ¿Qué quiere decir ‘permanecer en la Palabra de Jesús’? ¿Cómo lo vivo en mi familia, comunidad o grupo de referencia?
3. ¿En qué hago consistir en mi vida de cada día el hecho de ser y sentirme hijo/a de Dios?

Quinta semana de Cuaresma

JUEVES

Llamados a la Vida en abundancia

Juan 8,51-59

“Si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás”

En el Evangelio de ayer fuimos invitados a “ser discípulos” y a “ser libres” mediante la permanencia en la Palabra del Hijo. Este Hijo, la verdad misma, nos libera de la esclavitud del pecado y nos hace hijos del Padre.

En este clima de filiación y de discipulado nos vamos acercando a la Pascua, con la viva conciencia de que en la medida en que acogemos el misterio de Jesús, su muerte y su resurrección, somos conducidos hacia la plena libertad.

Sigamos leyendo la última parte del capítulo 8 del evangelio de Juan, en el cual nos encontramos nuevas revelaciones de Jesús, revelaciones que –como lo vemos en la anotación final del evangelista- provocan un fuerte rechazo por parte del auditorio: *“Entonces tomaron piedras para tirárselas”* (8,59).

1. Quien cree en Jesús tiene la Vida

La primera afirmación es contundente: *“Les aseguro: si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás”* (8,51).

Anteriormente Jesús había afirmado que quien se mantiene en su Palabra se convierte en discípulo, ahora va mucho más allá: el que permanece en su Palabra no verá la muerte jamás. Y esta promesa está respaldada por su comportamiento: Jesús mismo *“guarda la Palabra”* del Padre (8,55).

Jesús les dice a sus discípulos que no verán la muerte, o dicho de otra manera, que quien crea en él tendrá la vida. Así lo prometió a la Samaritana (4,14), a los judíos de Jerusalén (5,24), a todo el que crea en él (6,40). En este pasaje la promesa de la vida implica que *“no verá la muerte”*.

Ante semejante afirmación aparece nuevamente la incompreensión de sus oyentes, que por ser de “abajo”, interpretan sus palabras en sentido literal y no en el sentido pleno que Jesús le da (ver 11,25). Por eso lo acusan de estar endemoniado (8,52).

Su anuncio de un sometimiento de la muerte es tan grande, que lo coloca por encima de Abraham y los profetas. Así nos lo hacen ver claramente las objeciones de sus oyentes (8,52-53).

2. El Padre glorifica a Jesús haciéndole realizar sus mismas obras

Jesús, como acostumbraba hacer casi siempre, no responde a las objeciones de sus adversarios explicando el significado de sus palabras, sino apelando a su relación única con el Padre, donde está el verdadero fundamento de sus afirmaciones. Jesús los invita a avanzar en la reflexión: ***“Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica...”*** (8,54).

En otra ocasión Jesús había afirmado que Él no buscaba su gloria, si bien hay quien la busca (8,50). Es el Padre quien lo glorifica en las obras que realiza, y lo glorificará plenamente cuando sea levantado en alto (ver 13,31; 12,28).

La relación que Jesús sostiene con el Padre está dinamizada por la obediencia: ***“Pero yo le conozco y guardo su Palabra”*** (8,55). El cumplimiento de la Palabra tiene como punto de partida el conocimiento: Jesús conoce al Padre, tiene experiencia directa de Él, está en el Padre y el Padre está en El.

En los discursos de revelación que hemos estado leyendo en estos días, Jesús lo ha expresado de varias maneras: ***“lo que veo hacer al Padre”***, ***“lo que el Padre me muestra”*** (5,19-20). Este conocimiento que Jesús tiene del Padre es pleno y es el Padre quien lo hace hablar y actuar:

Lo que Jesús busca con todo esto es precisamente que el Padre sea reconocido en sus obras.

3. Quien conoce a Jesús, conoce a Dios

Para concluir, Jesús pronuncia la palabra más fuerte y decisiva sobre si mismo: ***“En verdad, en verdad les digo antes que naciera Abraham, Yo soy”*** (8,58).

Esta expresión es una clara afirmación de la preexistencia de Jesús explicitada por Juan en el prólogo (1,15). Antes había dicho que no era de este mundo (8,23), que todas las escritura hablaban de Él (5,39), pero aquí se coloca por encima del tiempo y fuera de él: ***“antes que naciera Abraham, Yo soy”*** (8,58).

Con todo lo que Jesús nos ha revelado hasta ahora, podemos comprender la expresión de Jesús como una afirmación de su divinidad, basada en la comunión absoluta que vive con Dios Padre.

La Persona de Jesús es un misterio de comunión con el Padre, esta comunión es tan radical, tan íntima, tan absoluta que podemos concluir afirmando que Jesús es Dios. Su transparencia es tan grande que quien conoce a Jesús, conoce al Padre. Podemos creer en Él porque transmite únicamente lo que ha oído y visto en el Padre.

El ***“Yo soy”***, proclama fuertemente *su relación de Hijo con Dios*. La experiencia de Jesús es la de una relación perfecta y absoluta con el Padre, una mutua inmanencia. Jesús es plenamente consciente de su condición de Hijo.

En la medida en que nosotros sus discípulos, estando en Jesús, vivamos una relación filial con el Padre, participamos de su mismo misterio.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Por qué podemos afirmar que quien cree en Jesús no muere jamás?
2. ¿En esta cuaresma que está terminando qué momento he dedicado para confrontar mi vida con la Palabra de Dios? ¿Qué provecho he sacado de ella?
3. Podemos ir formulando como familia un compromiso concreto respecto a la lectura y profundización, si es posible diaria o al menos semanal, de la Palabra de Dios.

Oremos en comunidad

*“Lector: Ahora es el juicio de este mundo;
Ahora el Príncipe de este mundo será echado abajo
Todos: Cristo, levantado en la Cruz, atraerá a todos hacia Él (Juan 12,31-32)
Lector: El Hijo de Dios se manifestó
para deshacer las obras del Diablo (1 Juan 3,8)
Todos: Cristo, levantado en la Cruz, atraerá a todos hacia Él
Lector: Anuló el acta escrita contra nosotros, clavándola en la Cruz.
Despojó a los Principados y las Potestades,
los expuso a la pública irrisión,
triunfando sobre ellos en la Cruz
Todos: Cristo, levantado en la Cruz, atraerá a todos hacia Él”
(Del Monasterio Apostólico “Piedra Blanca”, Francia-Chile).*

Quinta semana de Cuaresma

VIERNES

Jesús nos invita a que creamos en Él para darnos la vida
Juan 10,31-42

*“Crean por las obras y así sabrán y conocerán
que el Padre está en mí y Yo en el Padre”*

El Evangelio de San Juan que nos ha acompañado en estas últimas dos semanas de Cuaresma, nos ha hecho participar de algún modo, en la pasión interior de Jesús.

En la medida en que Jesús avanza en la revelación de su misterio: su origen, su misión, su relación, única y absoluta con el Padre, crece también la incompreensión, la oposición, el rechazo y la amenaza a muerte.

Jesús se presenta como el enviado, el Hijo de Dios y los judíos lo consideran blasfemo e intentan matarlo.

En nuestro texto de hoy, mientras los adversarios toman piedras para tirarle (10,31), Jesús les dice: *“Muchas obras buenas que vienen del Padre les he mostrado, ¿por cuál de ellas quieren apedrearme?”* (10,34). Ellos le responden encarándole la supuesta blasfemia: *“Tu siendo hombre, te haces a ti mismo Dios”* (10,33).

1. Jesús es uno con el Padre

Jesús, se defiende de los ataques de los judíos haciendo referencia a la Escritura que ellos conocen muy bien: *“¿No está escrito en su ley, yo he dicho: dioses son?”* (10,34; ver Salmo 82,6).

Si, según la Escritura, la divinidad puede ser atribuida a quienes escuchan la Palabra de Dios, cuanto más a aquel que es la Palabra misma de Dios.

2. Jesús es realmente el Hijo de Dios

Con esta alusión a la Escritura, Jesús introduce su última afirmación sobre su condición absoluta de Hijo de Dios: *“¿Cómo dicen ustedes que aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo blasfema por haber dicho: Yo soy Hijo de Dios?”* (8,36).

Jesús mantiene firme su posición. Realmente el es el Hijo de Dios, el Padre lo ha consagrado para realizar su obra, sobre Él reposa el Espíritu de Dios (ver 6,27; también en Lucas 4,18). El Padre lo ha elegido y lo ha enviado para devolverle al mundo la luz y la vida que habitan en Él.

3. En las obras de Jesús reconocemos al Hijo del Padre

Jesús realizó las obras de Dios. La vida que devolvió al hijo del funcionario real (4,50), la curación del enfermo de la piscina (5,8-10) y del ciego de nacimiento (9,6-5), demuestran que Él es el Hijo, y el enviado de Dios al mundo (5,36).

Todos lo han visto y pueden constarlo. Tal vez pueden rechazar sus palabras, pero no pueden negar sus obras. Ellas por sí mismas siguen gritando que, Jesús es el Hijo, el camino que lleva al verdadero conocimiento de Dios.

3. Jesús nos suplica que creamos en EL para darnos la vida

Por eso Jesús, les replica con fuerza: ***“Si no hago las obras de mi Padre, no me crean, pero si las hago, crean por las obras”*** (10,37-38).

Lo que suplica Jesús, en el fondo, es la fe en su profunda unidad con el Padre. Sólo una mirada de fe puede llevarnos a descubrir en las obras de Jesús su relación en el Padre: ***“El Padre está en mí y yo estoy en Él”***.

Toda esta auto-revelación de Jesús quiere llevarnos a esta certeza de fe: *el Padre y Jesús están el uno en el otro* (ver 14,10-11; 17,21).

Nuestro itinerario Cuaresmal está ya casi en el final. En la escucha del Maestro hemos aprendido a vivir como personas nuevas, como hijos de Dios y como hermanos.

Hemos también aprendido, contemplando a Jesús, que la fuerza de Dios y el poder de su Espíritu es más fuerte que todas las dificultades, persecuciones y sufrimientos. “No tengan miedo, yo he vencido al mundo”, nos dirá más adelante (16,33).

El memorial de la Pascua que nos disponemos a vivir, confirma nuestro itinerario de conversión, y nos reviste de la vida nueva del Hijo de Dios, que ***“nos amó y se entregó por nosotros”*** (ver Gálatas 2,20).

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Por qué podemos afirmar que la mano de Dios Padre se reconoce en las obras de Jesús?
2. ¿Qué acción particular de Dios encuentro en mi vida que se haya vuelto proclamación a los demás de su obra salvadora?
3. ¿Qué gesto concreto de solidaridad hemos hecho en esta cuaresma, como familia, que revele el actuar de Dios?

*“Ya se avecina el día, el día tuyo,
volverá a florecer el universo;
compartamos su gozo los que fuimos
devueltos por tu mano a tus senderos”
(De la Liturgia de las Horas)*

Quinta semana de Cuaresma

SÁBADO

Rechazo de Jesús y luz sobre la Cruz

¿Para que la fuerza de su mensaje no arrastre al mundo entero?

Juan 11,45-57

“Para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos”

La hostilidad mortal contra Jesús llega hoy a su punto de mayor tensión. Tal como ha podido notarse en los pasajes evangélicos de todos estos días, ha habido un acentuado “crescendo” de amenazas e intentos de captura y asesinato de Jesús. El punto final está anotado en Juan 11,53: “**Desde este día, decidieron darle muerte**”.

La resurrección de Lázaro fue el acto final del ministerio público de Jesús, el último de sus siete signos reveladores. Liberando a su amigo de la muerte, Jesús convalidó solemnemente su propia identidad de “**Resurrección y Vida**” (11,25). Pero este signo importante hace también reventar la oposición final contra Jesús y le abre las puertas al complot que lo llevará a la muerte.

Los jefes, frustrados y temerosos, reúnen el Consejo Supremo para ver qué hacer: “**¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales**” (11,47). Desde su punto de vista, ellos hacen una valoración de las consecuencias: dejarlo continuar es exponerse a un daño irreparable para la nación entera (ver 11,48).

Entonces el sumo sacerdote Caifás se levanta y hace su profética declaración: “**Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación**” (11,49-50).

La verdad irónica de esta declaración es de tal forma irresistible que el evangelista no quiere que se le escape al lector la ironía: “**Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación –y no sólo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos**” (11,51).

He aquí la ironía: el Sumo Sacerdote y el Consejo condenan a Jesús para salvar al pueblo, pero al mismo tiempo el pueblo, la nación, la ley y el templo, quedan descalificados por el rechazo de Jesús, porque de este rechazo surge una nueva realidad, un nuevo pueblo en torno a Jesús.

La escena termina con la decisión de matar a Jesús (11,53) y con la noticia de que Jesús se refugia en Efraím con sus discípulos (11,54). Jesús toma precauciones y se vuelve escurridizo, no se deja capturar. La pasión no es simplemente la confluencia de fuerzas adversas que posan su mano sobre Él, también –y sobre todo- es un acto de su libre voluntad: “**Nadie me la quita (la vida), yo la doy voluntariamente**” (10,18). Jesús determinará la hora.

El escenario está listo para la Pasión. Otra Pascua se acerca (11,55). La peregrinación de judíos de todos los lugares del país a la Ciudad Santa, da pie para que se hable de una búsqueda constante de Jesús (11,56). La presión aumenta y el ambiente se pone más tenso. Unos buscan a Jesús para admirar sus obras y otros, las autoridades judías, para capturarlo (11,57).

Pero ya desde el anuncio profético de Caifás, de manera irónica se ha mostrado que las fuerzas que se despliegan contra Jesús serán vencidas. Dios revierte las malas intenciones de los adversarios. Mientras ellos creen que matando a Jesús se lo quitarán de encima, lo que logran es dirigirlo hacia el momento en el cual su amor tenaz por los amigos –signo del amor de Dios por el mundo- será demostrado con mayor fuerza: Jesús reunirá en torno a Él al nuevo pueblo de Dios, esto es, la Alianza será renovada.

Para cultivar la semilla de la Palabra en el corazón:

1. El rechazo de Jesús en el evangelio de Juan alcanza su punto más álgido a propósito de la resurrección de Lázaro. ¿Cuál es el mensaje?
2. ¿Por qué deciden matar a Jesús?
3. ¿Cómo entender esta frase que declara el sentido de la muerte de Jesús: “para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos”? ¿Qué nos dice hoy? ¿Qué podríamos esperar de la Semana Santa que comenzamos mañana?

P. Fidel Oñoro, cjm